

CUENTO N°251

TÍTULO: UN HOMBRE TOMA SOL EN LA PLAZA

SEUDÓNIMO: VECA UDRESS

AUTORA: VERÓNICA UZON ENDRESS

UN HOMBRE TOMA SOL EN LA PLAZA

Klaus estaba sentado en su silla de ruedas en plena plaza. Una manta de lana le cubría las rodillas. Sus ojos, ocultos tras unas enormes gafas oscuras, miraban atentos los movimientos de los niños que en ese momento correteaban a los pies del enorme toro metálico que se exhibe en una de las esquinas de aquel espacio. Nunca le han gustado los tumultos de personas, aún si se trata de gente menuda, como estos niños de primaria; por eso los vigila. Tampoco le gustan los gritos de los profesores en torno a ellos. Le ponen los nervios de punta.

Aquel día, la enfermera que lo cuida vio que el sol “pintaba bonito” y le propuso dar un paseo por la ciudad. Klaus no se opuso; de hecho, la idea le pareció buena. No se equivocó. Allí sentado, protegido bajo su sombrero de paja toquilla y sus gafas, pensaba en lo mucho que estaba disfrutando aquel lunes. Ese pensamiento era raro en él, puesto que el primer día de la semana siempre le generó estrés. En esta oportunidad fue diferente; el cálido sol logró en media hora entibiarle los huesos y ello bastó para generarle la sensación de que sería una buena semana. Por otro lado, aquello no dejó de parecerle algo divertido, porque desde hace sus buenos años que todos los días son iguales para él, desde que se convirtió en un viejo. Más aún, desde que quedó postrado a la silla de ruedas y sometido a la voluntad de terceros para casi todo.

Aun así, poco dueño de su vida, la vieja sensación de que todo se inicia el lunes la acarrea sobre sus espaldas desde siempre. Fue educado así por su padre,

un rígido soldado de la antigua Prusia, y reafirmado en el regimiento más tarde. Su mente se acondicionó a ello y así funcionó durante toda su vida.

-Yo creo que por eso escalé tan alto en el Campo- pensó en voz alta.

- ¿Qué dice don Klaus?

-*Nichts*¹

- ¡Ah! Pensé que me decía algo ¿Quiere que le lea las noticias? Si quiere puedo leerle.

La enfermera no esperó respuesta. Se levantó como un resorte y se dirigió hacia el quiosco para comprar algo. Klaus la miró alejarse; sus ojos se clavaron como lanzas en el vaivén de sus nalgas. No porque le gustase la muchacha, sino porque extrañaba horriblemente esa sensación que le generaban en otra época las mujeres algo *entraditas en carnes*, como se dice acá. Él no usa ese término, porque no logró nunca entender la traducción literal de ese arreglo de palabras. Pero continúa alegrándose cuando una mujer joven se le aproxima.

Tata, por favor, le pido que se porte caballero con ella, le había dicho su nieto mayor cuando llegó la nueva enfermera. Klaus nunca aprobó que él lo llamase “tata”; hubiese preferido que continuase llamándolo “opa”, como lo hacía cuando era pequeño, pero no insistió; *después de todo, la madre es chilena*, piensa él. Menos entendió qué quería decir eso de “portarse caballero”; ni tampoco por qué venía él en lugar de su hijo mayor, que hubiese resultado menos vergonzoso. A esas alturas, Klaus no se percataba de que su hijo se había convertido también en un viejo y no estaba disponible para cuidarlo. Como sea, ni el hijo ni el nieto tenían

¹ Nada

ya nada de qué preocuparse, pues él ya no tenía energías para dedicar sus pensamientos a mujeres de ninguna edad.

- *¡Estoy demasiado cansado!* maldijo en alta voz. El esfuerzo le soltó una flema. Intentó arrojarla y no pudo. No tenía fuerzas suficientes para tirar lejos sus propios desechos y eso lo enfurecía. Al rato sintió como su mentón se enfriaba con la briza fresca.

Al regresar, la joven se detuvo un par de veces para saludar a conocidos e intercambiar algunas palabras. Klaus no podía dejar de mirarla desde su silla. Le agradaba ella; solía tener buenas ocurrencias. El otro día, por ejemplo, llegó con un pote de mermeladas que hizo su madre especialmente para él, sin azúcar. Klaus se preguntó con qué la habrá reemplazado; quiso preguntárselo, pero no pudo. No sabe por qué hace un tiempo que ya no se le da bien el español. Ella dice que hable nomás, que lo entiende “porque estudió en el colegio alemán de acá”; pero él piensa que no es lo mismo, que el idioma materno no se asemeja para nada al idioma aprendido en el aula. De hecho, sus propios hijos a ratos le entienden poco, a pesar de que él siempre les habló en alemán.

Se pregunta últimamente en qué momento se convirtió en un viejo. Un día simplemente lo era. Ya no puede escupir tan lejos como antes, porque tomar aire le cuesta horriblemente. No ha dejado de pensar en ello durante los últimos años. Concluyó que es una consecuencia que le dejó su trabajo en el Campo. No el frío y la nieve, porque en ese tiempo disponía de buen calzado y gruesos abrigos. Tampoco pasó hambre, porque a él no le tocó eso. En su fuero interno está seguro de que su enfermedad se inició por vigilar las operaciones de los hornos. Aún recuerda el humo y los gases que se filtraban, que él aspiraba a diario; también el

polvo que se acumulaba en el piso y sobre los campos. Allí comenzó a toser, recuerda. Al principio era poca cosa y no le dio la importancia que se merecía.

Al llegar al Campo yo era un hombre sano; un buen soldado, piensa a menudo.

Nunca pudo hablar con nadie sobre eso. Respondía con evasivas cuando le preguntaban por sus trabajos anteriores ¿Cómo explicar que aspiró durante años aquel olor nauseabundo y partículas calcinadas?

Por otro lado, lo bueno de ser tan viejo es que ya no se preocupa por ocultarse. Por un lado, todos dudan de que a estas alturas aún continúen vivos algunos de ellos. *Claro que quedamos pocos*, piensa Klaus. La última vez que él supo de alguno fue hace treinta años. La noticia apareció en todos los diarios. Él mismo se ocultó durante un año entero en la hacienda. Nunca reconocerá que tuvo miedo. La verdad, temió perder todo lo acumulado allí, en ese territorio montañoso y verde.

Nada más enterarse del desembarco tuvo la lucidez de escapar de allí. Usó oro robado del Campo; aquel fue el segundo secreto que guardó en su cerebro; el primero fue todo lo que vio allí. No ha revelado a nadie ninguno de los dos. Abandonó aquel lugar solo y profundamente enojado nada más enterarse del suicidio. Aquel enojo nunca lo abandonó. Sin el líder, sintió que él no tenía nada que hacer allí más que salvar su propia vida. Nunca contactó a nadie, ni siquiera a su madre. Nadie que lo conoció sabe que casi setenta años después aún continúa con vida, y con conciencia, además. Le gustó el sur de Chile, porque vio árboles tan altos como catedrales, y allí se ocultó.

Un cosquilleo lo sacó de sus recuerdos. La enfermera le limpiaba la saliva del mentón con un pañuelo desechable. Su mano se desplazaba enfrente de su cara y él no pudo menos que calcular cuánto tardaría en convertirse en cenizas aquel cuerpo regordete. En otro tiempo acostumbraba a realizar ese cálculo a simple vista. Luego ella continuó leyendo el periódico en voz alta. Al rato se detuvo; lo miró fijamente. *Tiene que poner atención don Klaus*, le dijo con cierta seriedad, como si se tratase de un niño al que es necesario regañar.

Klaus no se había percatado de que ella había regresado, porque estaba totalmente abstraído en la marea de sus recuerdos. Además ¿Cómo explicarle que él sí podía prestar atención, pero que no le interesaban aquellas noticias insulsas sobre el precio de la leche ni sobre el enojo de los ganaderos?

Si la escucho Mädchen², continúe la lectura, le dijo con cara de tonto, como le habían aconsejado que hiciese cuando estaba fuera de casa. Era un buen truco. También debía mantener oculta su mirada azul detrás de sus gafas, por si se topaba con alguien que pudiese reconocerla de alguna parte.

² Muchacha